

# LA MEDIDA DE TODAS LAS COSAS

---

Manuel López Navarro  
Inspector de Educación

*El hombre es la medida de todas las cosas*  
Protágoras

Quizás la primera idea que hoy se nos ocurre para responder a la pregunta ¿cuál es la medida de todas las cosas? Sea la del *dinero*. El dinero y su influjo en los *precios* sería hoy la medida de todas las cosas. Ahondando un poco más veríamos que los mercados que establecen los precios, los bancos que crean el dinero y las reglas económicas que lo distribuyen, son creaciones sociales regidas por instituciones humanas, que obedecen a deseos humanos, pasiones humanas, ingenio humano, virtudes y defectos humanos... Resulta que Protágoras, veinticinco siglos después, sigue teniendo razón: en realidad, el hombre es la medida de todas las cosas.

Puede que otros hayan respondido, en una línea más acorde con las medidas, que el *metro*, unidad de longitud (y del sistema métrico decimal) es la medida de todas las cosas. A ellos les recomiendo el libro de Ken Alder *La medida de todas las cosas*. 2003. (Santillana. Madrid) donde se relatan las peripecias de dos astrónomos franceses, en plena Revolución Francesa, que llevaron a cabo la medición del meridiano terrestre para establecer, en su cuadragésimo millonésima parte, la unidad de longitud denominada *metro*. Descubriremos allí que cometieron un error y que, por cuestiones humanas, lo ocultaron. La barra de platino puro que durante dos siglos se ha considerado la "exacta" diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre, no es tan exacta (en realidad dicha barra era 0,2 milímetros más corta). El error, humano, y la ocultación desde el principio, también humana, vuelven a situarnos en la verdad de Protágoras: el hombre es la medida de todas las cosas.

El hombre es, pues, la medida de todas las cosas y, contradiciendo un poco a Arquímedes, el que mueve el mundo. Porque, desgraciadamente, no es sólo la palanca (el conocimiento científico) el que mueve el mundo, sino un conglomerado de pasiones, emociones, intereses y flaquezas el que configura el funcionamiento de nuestras sociedades. ¿Siempre en una línea de mejora y de bienestar y avances colectivos? Generalmente sí, pero no sin períodos de atascos y todavía hoy con bastantes sombras en el modelo imperante. Los siguientes

datos los he extraído del artículo de José Vidal-Beneyto en El País del día 12 de septiembre:

- *El patrimonio de las 10 primeras fortunas del mundo es superior a la suma de las rentas nacionales de los 55 países más pobres.*
- *En EE.UU., el 1% de los habitantes situados en la cumbre patrimonial dispone de una fortuna superior a la suma de la que tienen los 170 millones de estadounidenses con menos recursos.*

Esos 170 millones representan el 55% de la población total estadounidense (que sería de 305 millones según Wikipedia). En España, el panorama no es muy distinto, y puesto que la evolución de la brecha económica entre los que más y menos tienen no deja de aumentar, la conclusión del artículo de Vidal-Beneyto es la de que *el objetivo principal de nuestro orden económico-social es aumentar la riqueza de los ricos*. Yo lo matizaría, no creo que ése sea el objetivo principal, aunque, evidentemente, es uno de los resultados directos. El hombre, que mueve todas las cosas, ha organizado, en las sociedades consideradas hoy más avanzadas, un sistema económico-social que genera el mayor bienestar nunca conocido, pero que adolece de una profunda injusticia: una enorme desigualdad en la distribución de la renta que condena a la miseria o a la alienación económica (personas que subsisten con contratos de cuasi explotación, en un mundo de lujos que ellos no pueden permitirse) a buena parte de su propia población.

En este sombrío panorama habría una salvación, un recurso para avanzar hacia cotas de funcionamiento económico más equitativo, más alejado del entorno selvático (los fuertes sobreviven, comiéndose a los débiles). Ese recurso es la *Educación*, según hemos sabido siempre y nos remarcan ahora con énfasis los políticos: la educación nos salvará de nuestro triste destino individual, al tiempo que, como efecto externo o colateral, propiciará un mayor conocimiento y formación colectivos que redundarán en logros de mayor bienestar y mayor igualdad. Lo cual nos lleva a una nueva cuestión: ¿no será la Educación la medida de todas las cosas?

Antes de responder tendríamos que analizar la Educación que hoy tenemos. Decía Jovellanos que “para el progreso de un pueblo lo que vale es el hombre, y el hombre vale lo que sabe”. Ese “lo que sabe” no es la Educación en sí sino el resultado de la Educación, es decir, hay que distinguir entre el sistema educativo y la educación (formación y efecto compensador o de equidad) que produce. Y la primera pregunta que nos surge es: ¿el sistema educativo elimina o reduce significativamente las diferencias sociales de partida (en el kilómetro cero)? Más allá de los buenos propósitos, ¿a qué grupos pertenecen los alumnos que abandonan estudios prematuramente o los que más repiten curso? Pues

pertenecen, muy mayoritariamente, a las familias de rentas más bajas, que suelen coincidir con el grupo de padres sin estudios o estudios muy básicos.

Ya hace bastantes años del Informe Coleman, titulado *Educación e igualdad de oportunidades* (1966), donde se llegaba a la conclusión de que “la contribución neta, controlados los efectos de las variables sociofamiliares, de las instituciones educativas al éxito escolar de los alumnos es escasamente significativa”. En la misma línea, más recientemente (2000) Carles Solás, rector de la UAB, acentuaba la especial trascendencia del entorno socioeconómico del alumno en los resultados académicos: el 70% de los hijos de padres con estudios universitarios llega a la universidad, proporción que baja al 40% cuando los padres han cursado sólo la educación secundaria, y se reduce a un 15% cuando los padres se han quedado en la primaria. De igual manera, PISA 2006 ha permitido constatar que el rendimiento educativo de los alumnos está relacionado de manera muy directa e intensa con el estatus social, económico y cultural de las familias (ESEC).

Parece, pues, pese a los buenos propósitos, que los elementos determinantes del rendimiento escolar son, en buena medida, ajenos al sistema educativo. Los niños a los que se ha inculcado en casa el amor por la lectura y el conocimiento, cuyos padres acompañarán sus estudios y velarán para que adquieran la mejor formación, tienen todas las probabilidades de éxito escolar. Otros niños no tienen esa “suerte”, parten, pues, en inferioridad de condiciones y es, generalmente, por las desigualdades socioeconómicas. El sistema educativo mantiene o reproduce esas desigualdades, si bien deja cierto margen de maniobra para la movilidad de clase en el caso de alumnos particularmente brillantes.

Así que, aunque la educación es el instrumento para avanzar en el conocimiento, en la mejor organización social, en el progreso económico y en la equidad que nos hará más justos, resulta que el sistema educativo apenas produce buenos resultados en un importante porcentaje de alumnos que parten y mantienen desfavorables condiciones de receptividad educativa, o que parten con pocas cualidades o poco potencial intelectual. Es decir, para un buen porcentaje de alumnos el paso por el sistema educativo no comportará el beneficioso efecto de la Educación, de forma que la Educación no es, en estos momentos, la medida de todas las cosas.

Pero debería serlo, esa es mi apuesta. Por la educación de una persona, de una sociedad, deberíamos poder medir su riqueza, su civilidad, su justicia o su equidad, sus conocimientos científicos, su tolerancia y su organización social. La Educación nos hace verdaderamente libres, libres de la ignorancia, de la superstición y de la sinrazón. Si hoy tenemos problemas o brechas económicas lacerantes, la solución está en más y mejor Educación, para lo cual el sistema

educativo, nuestras escuelas, colegios e institutos, deben ser más eficientes, llegando a todos los alumnos, y esto, a su vez, requiere que las otras variables familiares o sociales puedan ser también afectadas desde todos los ángulos posibles: si el sistema educativo se revela poco determinante en casos de alumnos de familias desestructuradas, de padres que no dan importancia a la cultura o a los estudios, otras instituciones deben coadyuvar para que esos alumnos se formen adecuadamente, sin fracaso escolar (que sería, con mayor propiedad, *fracaso social*).

Y en esa esperanza, de que la Educación beneficie a todos, integre y compense, y pueda ser la medida de todas las cosas, nos corresponde trabajar día a día. Ciertamente es un objetivo de largo plazo, pero como lo son en general los procesos educativos, cuyos frutos no suelen verse de un día para otro. Pero todos los agentes educativos deberíamos estar convencidos de esa necesidad y esa importancia. Y mientras esperamos que los demás: autoridades, Administración, otras instituciones, etc., colaboren empujando también en la buena dirección, hay algo que nos podemos aplicar: ¡que tu centro educativo sea mejor porque tú trabajas en él! Y lo mismo para la Inspección, el CEP, el EOE, la Delegación Provincial...

Cádiz, septiembre de 2009